

# Una mina, un caserón, un minotauro y un taura

Marcelino Cereijido

## Una mina

¿Qué pasa? ¿La tiene intrigada el caserón de los Masetti? Después salimos a la terracita y lo miramos. Ahora párese derecha y deje que le marque. A ver Estachica, ¿le tira? No importa, le soltamos un poco esta pinza y ya está. Si le interesa la historia del caserón pregúntele a la vieja Carbonell. Ella se la sabe de memoria. Claro, usted no es de aquí y tampoco conoce a la Carbonell. Es del año del pedo. Y, figúrese, es más vieja que este barrio, con eso le digo todo. Su ranchito era el único en veinte leguas a la redonda. Esto era puro descampado, potreros y hornos de ladrillos. La Carbonell hacía de partera, curaba empachos, mal de ojos, y más de cuatro solteronas pescaron candidato gracias a sus menjunjes. Tipa tan servicial. Pero la gente es ingrata. Cada vez que pasa la Carbonell hacen cuernos con los dedos y dicen "cruz diablo". Yo en cambio la respeto. Porque de mí también se dijeron muchas cosas. No, Estachica, no. Usted porque no es del barrio, pero yo trabajaba en un cabaret del centro, Reinaldo, mi compañero, tuvo un asunto feo, me vine a vivir sola a esta pensión y ahí empezaron las malas lenguas. ¡Bah! mene-frega. Después de todo, la que vive esperando que levanten la condena soy yo; la que gana un peso para llevarle cigarrillos soy yo. No. Párese derecha. Deje que la mire. Después usted se ve en el espejo. Y la vieja me ha contado: "Elba, aquí es donde el Tiempo viene de noche a dormir. Esta siempre fue su morada, su lugar de descanso. Antes, cuando él llegaba por la tarde los pastos se quedaban quietos, las bandadas de patos salvajes se alejaban como a clavarse en la puesta de sol, ponían al cielo rojo y ni los árboles se atrevían a mover. Había que

meterse adentro y guai con salir. Si quedaba algún perro afuera, paciencia, que se joda. Y ahí se estaba el pobre bicho aullando toda la noche, espantado al ver que el Tiempo venía arreando las almas muertas de esa tarde". Pero la vieja minga qué le iba a abrir. Y mire, Estachica, yo la entiendo. Qué quiere que le diga, yo hubiera hecho lo mismo, porque el Tiempo es una cosa seria. ¿No mató a Don Gervasi justo el día que se casaba la hija? ¿No dejó enano al pibe de la Merlina? Lo clavó en los cinco años. Basta, no creció más. Así de chiquito es, y tiene como veinte. No se preocupe por el busto, le podemos abrir más la sisa. De acá, ¿ve? Justamente el problema de este barrio vino por el caserón de los Masetti. Le estoy hablando de hace cuarenta años. Gente muy rica. Vivían en el centro y vinieron a comprar unos terrenos grandisimos, porque aquí en esos años la hectárea la daban regalada. Empezaron a edificar el caserón como un palacio para fin de semana. La Carbonell, que en ese entonces era una mujer joven, les fue a prevenir que todo este paraje era la morada del Tiempo y la sacaron a cascotazos. Dice que le gritaban cada guarangada... En ese entonces los Masetti pisaban fuerte, se llevaban el mundo por delante, nadaban en la abundancia y ataban los perros con salchicha. ¡Se mandaban cada festichola! Dicen que traían orquestas y llegaban autos largos como coches fúnebres. Pero con el Tiempo no se jode. Tal como les había predicho la vieja empezaron a ocurrir desgracias. Una pared aplastó a dos albañiles, y una perforadora le arrancó un brazo al pocero. Ahí fue también donde mataron a Roque Borrás, el mafioso que les robaba las urnas a los radicales. Tuvieron que lotear y rematar las tierras, vender la casa del centro y venirse a vivir aquí. Cuando yo llegué al barrio, treinta años después, ya

estaba todo edificado. Bueno, Estachica, listo. Le saco los alfileres. Ahora sí, venga si quiere, salgamos a la terracita, Cuidado con el cable.

### *Un caserón*

Bueno, ahí lo tiene: el famoso caserón de los Masetti. ¿Se imagina lo que vale? Toda una manzana. Es triste, ¿eh? Bah, triste no. Triste se pone uno al verlo. Quise decir frío. Aunque . . . , ¿frío? Tampoco. Uno dice "frío" como dice "abandonado". Pero es cosa de uno, ¿vivo? El siempre está igual. Los postigos clausurados, el parque reseco y como preso entre tapias con vidrios de botella para que nadie trepe y, yo no me trago que sea para retener al Bobo. ¡Qué esperanza! Es por terror a que se les meta el Tiempo. ¿Ve los parrales? Bueno, como están por fuera, él se los ha matado. Ahora sólo quedan la Angélica y el Bobo deambulando en silencio, porque el



viejo Masetti murió hace poco. Ella vive aterrada. Sólo abre la puerta cuando va a la iglesia. Saca la cabeza despacito y observa si no anda el Tiempo por ahí. Estira el cogote, lo estira, lo estira, y la casa parece un animal que va a picar al barrio. Aunque, cubierta con sombrero y velo de tul, es muy difícil verle la cara. Es un momento peligroso, porque al abrir escapan los aires de adentro, y tipo que pescan afuera lo enferman. Al Colorado de la Casa de Radios lo sorprendieron cruzando la calle y lo mató un coche. El día del entierro el padre, en la desesperación, les gritaba "¡hijos de puta!" y le tiraba piedras al caserón. Cuidesé, Estachica, cuidesé. Por suerte la Angélica va a la iglesia rara vez, porque espera que la Virgen venga en persona a perdonarla. Ve, ésa es otra: dice la Carbonell que el Bobo es hijo de Angélica. Pero eso no es nada. Parece que se lo hizo el propio padre. Sí, Estachica, sí. ¿No le digo que era un guacho degenerado? Por eso la tipa está tocada de aquí arriba y no se confiesa. El asunto es demasiado gordo como para que lo arregle el cura y espera que venga la Virgen en persona. Y . . . ¿quiere que le diga mi modesta opinión? A Dios no le gusta que la Angélica vaya a rezarle. No le interesa. Cuando él la ve llegar, se cruza al club parroquial . . . ¿Qué no? Vamos, Estachica. ¿Se cree que Dios es chitrulo? ¿Nos vemos el viernes de la otra semana, entonces? Cuidado al bajar, Estachica.

### *Un minotauro*

Mire, Doña Carbonell, por más grave que esté, hay ciertas cosas que debo contarle. No, si no lloro. Deje que empiece por el principio. Me cayó una clienta que no era de este barrio. Bueno . . . , así pensé, porque yo no la conocía. Va a ver. Cuando vino a la segunda prueba me trajo un corte de raso para que le hiciera un manto. Un manto, sí. Un manto azul. Era en pleno enero y faltaba mucho para los carnavales, pero . . . yo se lo hice. Chica callada. Pasó y no me acordé más. Y vea lo que son las cosas. A los pocos días, serían las seis, seis y media, voy a comprar aceite y me encuentro a la almacenera en la puerta mirando para acá. Me dice riendo, "Elba, a la Masetti se le apareció la Virgen nomás. Acabo de ver una mujer con manto azul hasta los pies metiéndose en el

caserón". ¿¡Cómo!?, le digo, ¿Una tipa con manto azul? "Sí, ¿viste vos?" ¡Ma que Virgen ni Virgen! pensé, la explicación es una sola: ahora que murió el viejo, la Angélica quiere salir de ese mundo chiflado y empieza a encargarse ropa. ¿Qué más fácil que cruzarse hasta la modista de enfrente? La mujer que vino era nada menos que la Angélica Masetti, me dije. Y de yapa observa el caserón desde mi azotea y me tira de la lengua para ver qué opinamos los vecinos. Y entonces me entró una idea disparatada. Temí contársela y que usted me parara. Por eso le pregunté solamente si había algún momento en que el tiempo no rondara el caserón de los Masetti y usted me explicó eso del veintinueve de febrero, ¿recuerda? Una vez cada cuatro años y se iba a dar justo esa semana. Lo tomé como una señal. Fui a golpear a lo de Masetti. No sé, no sé para qué, pero fui. No me abrieron. Golpeo más fuerte y nada. Silencio. Tengo la sensación de que me espían por una de las ventanas apolilladas, insisto y nada. Me doy vuelta y está medio barrio asomado, mirándome como si me hubiera vuelto loca. Me voy a casa con bronca. ¡Qué mala pata! Un día en cuatro años y perderlo así. Eran ya más de las siete. Apenas faltaban unas horas para media noche, y cuando llegara el Tiempo no habría más caso. De repente se me ilumina la cabeza. ¿Sabrá la Angélica —me pregunto— que hoy es veintinueve de febrero y que no hay peligro? Seguro que no, porque eso lo sabe solamente la viej... la señora Carbonell. Entonces escribo una nota explicándole que tenía que verla, que era veintinueve de febrero y que por lo tanto, y según usted, no habría problema. Le avisaba que regresaría a las once y media de la noche para que no se enterara ningún vecino. Si no me abre golpeo, hago un bochinche y despierto a todo el barrio, porque yo sé que me ha estado espiondo, le puse. Voy, meto el sobre por debajo de la puerta, y me vuelvo a esperar. A las once y veinticinco de la noche me acobardé. Temblaba. Me prendí la medallita de Santa Lucía y apretujé el rosario en el bolsillo del batón. En la calle no se veía nadie. Todo apagado y quieto, y yo maldiciendo haberme metido en camisa de once varas. Pero, a lo hecho pecho. Voy y, antes de que pueda golpear, se abre la puerta. Yo no sé qué hacer. Me quedo ahí parada, me arrepiento y entonces de adentro me ordenan con desprecio que pase. Entro. La tipa se

queda cerrando con una traba y, al pasar rápida, sin mirarme y guardándose las llaves, dice que la siga. Fuimos por la penumbra hacia la luz de una salita. Era chica, con olor como a quemado o a rancio, dos sillitas y una lámpara de mala muerte. "Siéntese", me manda, pero ella se queda parada frente de mí, cruza los brazos, espera que yo hable, y aunque ahora tenía anteojos y esa ropa harapienta, reconozco a la chica del vestido, mi clienta. ¡Oia!, me sonrío. ¿Usted era la Angélica Masetti, Estachica? ¡Pero válgame Dios, que facha de hiena! ¿A qué vino?, me apura, y yo me aflojo, siento frío en los pies y ganas de escapar. Hago una sonrisa y le explico... No, Estachica, yo sólo vine para disculparme. ¡Después de todo lo que le había dicho de Angélica!, es decir... de usted, de su padre, que en paz descance, de su hermano, quiero decir de su hijo... Perdón, Estachica, yo sólo estaba repitiendo lo que uno oye en el barrio, pero sin ninguna maldad, ¿vivo? Silencio. La tipa no dice ni mus, y



empieza a marcar el tiempo con la punta del zapato. Frunce la boca a un costado. Me pellizco la verruga y le pregunto si le tira la sisa. No contesta. Me empiezo a parar para irme, explicándole que ya mismo voy a contarles a todos que Angélica Masetti es una chica buena, simpática, amorosa, y que lo del manto de raso azul y lo que vio la almacenera son todas . . . Y entonces se sobresalta, me para en seco y ¡sonamos!, vuelve a ordenar que me siente. Me mira como un minuto largo. Pero, por lo menos, ahora la que quería hablar era ella. Se arrima una silla y, cambiando de tono me explica: "Vea señora Elba, tal como me lo ha contado en su cuarto, usted conoce nuestra historia al dedillo. No tuve la culpa de que mi padre me violara. Era una chica de doce años. Ahora quiero salir de esto y tratar de vivir. Me estoy encargando ropa. Lo del manto azul es una promesa que estoy cumpliendo con la Virgen". Se me acerca cara a cara y sigue: "Pero no cuente que estuvo aquí, no vuelva a hablar de la ropa que me hizo, ni del manto, ni de los Masetti, ni converse con la almacenera. ¿Me entiende?!" Y en eso se oye el silbato de la ronda: medianoche. Se acabó el veintinueve de febrero. Ahí sale el monstruo del hermano, temí. Y ella debe haber pensado lo mismo, porque me toma del brazo, me arrastra hasta la puerta de calle y me dice: "Ahora ya es primero de marzo. Desde aquí a su casa no respondo por usted. Recuerde que le advertí: no hable". Cerró y, cuando volví a mi pieza, yo era un pelele con los nervios hechos gelatina. Lloré. Después, muchas veces, estuve por pedirle que me diera algo para dormir, pero tenía miedo de contar alguna cosa y condenarme. Se me aparecía la imagen de la loca Angélica tratando de sacarse de encima la maldición de los Masetti y pasármela a mí.

### *Un Taura*

Eso fue hace un mes y medio. Esta mañana salgo para ir a visitar a Reinaldo. . . ¿Cómo dice Doña Carbonell? . . . ¿no ir? . . . ¿Pensar en mí? . . . Es tarde. Debería haberlo hecho hace diecinueve años. Pero deje que le cuente. Miro hacia el caserón y casi me caigo para atrás. Veo un cartel gigantesco, que ocupa como treinta metros. Dice que ahí se construirá un centro comercial, con no sé

cuantos negocios, restaurantes y un cine, y hay una cuadrilla de obreros demoliendo, una grúa, camiones que entran al parque a sacar escombros y vecinos mirando. No, si no lloro, Doña Carbonell. La almacenera me dice: "¡Uh! el Bobo murió el mes pasado, ¿vos no estabas cuando se lo llevó la ambulancia?" Y le comenta a otra clienta: "Claro, al verse sola en ese tremendo palacio la Angélica debe haber vendido todo y se mandó mudar. Habrá sacado un vagón de plata ¡vaya a saber dónde estará a estas horas! Me sentí confundida, pero igual salí corriendo, porque al Reinaldo le tocaba una visita especial. Usted sabe que una vez al mes, son en una salita, y no en el locutorio donde hay que hablar a los gritos del otro lado de las rejas. Yo ya le había comentado que a medida que pasan los años el Reinaldo se me va poniendo raro. El era un guapo que defendía a las chicas del dancing ¡Tenía un humor de perros! Pero está desconocido. Ultimamente me hablaba del Tiempo, quería que le contara sobre el caserón, y se quedaba pensativo. No sé, no sé. Me pregunta cómo va el trabajo, que es su forma de pedirme dinero, yo tireneo, le digo mal, hoy en día nadie se encarga ropa de medida. . . alguna gorda, una novia, uno que otro arreglo. Y aunque me cuido de hablar, estaba tan impresionada que se me escapa: están demoliendo el caserón. Pero antes de que pudiera continuar, Reinaldo se pone serio, mira de reojos para la puerta de la salita, y me pregunta en voz baja: "¿No sabés si la Angélica le abrió a la Virgen?" Me sorprendí. ¡Cómo! Reinaldo ¿vos no andarás en . . .? Pero el tipo me dice "esperá un poco". Va y trae a otro compañero, al gordo que llaman El Diputado Canestri, y me pide: "Contale". Me encojo de hombros. ¿Contale qué? Reinaldo lo codea, Canestri dice: "Así que la loca ésa le abrió a la Gringa!" y yo me doy cuenta que la Gringa debe ser la chica del vestido, mi clienta, que se disfrazó de Virgen y logró metérsele a la Angélica en el caserón, que la debe haber liquidado a ella y al Bobo, que vendió todo haciéndose pasar por Angélica y. . . ¡Bueno, déjeme que lllore, qué quiere que le haga, Doña Carbonell! ¡Lindo trabajito se mandaron! Ahora faltaría que se destapara la olla y yo quedase como entregadora. No sé, no sé. Siempre quise creer que el Reinaldo era inocente y pasé mi juventud esperando y juntando plata para que lo indultaran. Todo

se fue en leguleyos, escritos y apelaciones, y más de una vez tuve que pagarle deudas de juego ¡porque hay cada nene ahí encerrado...! No sé. Siempre me sentí usada. Y cuando después de la visita subo al colectivo, y un tipo le dice a su pibe: "Dejale el asiento a la señora", me doy cuenta que ya soy una vieja chota, que el Reinaldo siempre me ha ocultado la verdad y, a veces con lamentos, otras con amenazas, me ha tenido agarrada en una espera que fue consumiendo aquella estampa con que yo les hacía pagar copas a los hombres. Porque de muchacha jamás se me había dado por pensar. ¿Qué era el tiempo para mí? Y... el tiempo... era el tiempo. La misma palabra lo decía: tiempo. Pero después vengo a vivir aquí, usted me hace ver las cosas, me enseña a tener cuidado y, como siempre digo: hay que creer o reventar. Porque en el fondo es cierto que el tiempo es el tiempo. Y cuando vuelvo al barrio y me bajo del colectivo, lo

encuentro al hijo de puta comiéndose el caserón de los Masetti y arrancándole las cornisas y volteándole las cercas... saltan las molduras de los cuartos y los caños y los cables van quedando en carne viva, y me pongo a llorar. ¿Se da cuenta qué imbécil? Reinaldo preso, usted al borde de la muerte, yo transformada en un vejstorio que se pela el culo trabajando de costurera, y me pongo a llorar por un caserón de mierda que nunca trajo más que problemas. Después me alarmo y me digo ¡Mi Dios! Ahora que demuelen van a salir los aires. Yo rajo para mi pieza a... Y ¿quiere que le diga una cosa? Pensé: que salgan los aires del caserón. Que salgan nomás. No rajo nada. Yo al Tiempo no le tengo más respeto. Es un hijo de puta. Si me quiere matar que me mate. Ya hice bastante por Reinaldo. Yo al Tiempo no le tengo miedo. Que me mate. Al fin y al cabo, durar no lleva a nada.

